

HALO



EL PROTOCOLO COLE



FORNIA S. BUCHER

En los primeros días de la guerra entre los humanos y el Covenant, el UNSC promulga el Protocolo Cole para impedir que la Tierra y sus colonias interiores sean descubiertas por el despiadado enemigo extraterrestre.

Entre aquellos a los que se les solicita que eliminen a la Tierra de sus datos de navegación se encuentra el teniente de la marina Jacob Keyes, a quien la ONI encomienda una misión secreta de alta prioridad.

Mientras, el Covenant sigue cristalizando los planetas ocupados por los humanos. Más allá de las colonias exteriores, en el planeta Hesiod, los supervivientes ayudados por un bastión de Insurrectos han construido un asentamiento conocido como el Rubble. Y aunque se han instalado cerca de una colonia del Covenant, todo parece ir bien.

Esta precaria tregua entre humanos y el Covenant se halla en el camino de una patrulla renegada, el equipo Gris Spartan, cuya misión es hacer estragos en las líneas enemigas.

Para los fans de HALO en todo el mundo

PRÓLOGO

EL RUBBLE, SISTEMA OCUPADO POR EL COVENANT, 23
LIBRAE

Ignacio Delgado se escondió tras un mamparo junto a una serie de contenedores de carga, cuya pintura roja se desprendió del metal acanalado en el momento en que una descarga de plasma impactó contra él.

El metal mate tras el que se ocultaba refulgió... con diminutas gotitas fundidas chisporroteando al caer sobre la fría cubierta cerca de sus pies.

—¿Melko? —llamó por encima del acre crepitar.

La respuesta llegó tras una pausa preocupante:

—Sigo aquí.

Su copiloto consiguió colocarse tras el contenedor. Pero eso no cambiaba el problema con el que tenían que apechugar.

La bodega se extendía hacia lo alto por encima de ellos; el núcleo de un asteroide de un kilómetro y medio de longitud al que se había hecho girar lentamente hacia arriba para proporcionar gravedad y que habían ahuecado no hacía mucho. Delgado y Melko estaban de pie en la pared interior del cilindro rocoso. Las paredes de metal de la zona de carga se hundían en la roca, atestada de suministros de repuesto procedentes de otros asteroides.

Delgado sacó su pistola y presionó la empuñadura profusamente tallada y personalizada contra la mejilla. Su tío había reemplazado la culata del arma por una muy rara de madera de roble allá en Madrigal, y creado una obra de arte a partir de aquella M6 reglamentaria.

Eso fue antes de que las fuerzas de Covenant hubiesen cristalizado Madrigal. Antes de que los humanos hubiesen huido a ponerse a salvo en los asteroides que llevaba consigo el gigante gaseoso Hesiod, que los Insurrectos que habían estado escondidos allí llamaban «el Rubble».

Delgado besó aquellas filigranas.

Disparando desde la esquina del mamparo, saltó a la seguridad del siguiente montón de contenedores.

Captó una fugaz visión de sus atacantes: extraterrestres desgarrados, altos, con aspecto de pájaro, que empuñaban pistolas de plasma con unas manos que parecían zarpas. Los ojillos redondos y brillantes de las criaturas lo miraron directamente.

Las crestas de espinosas plumas que crecían sobre sus cráneos se contrajeron. El sonido de disparos de plasma golpeó el otro lado del contenedor y reverberó a través de la bodega.

—Jackals —dijo Delgado con un estremecimiento.

Era como la mayoría de humanos llamaban a aquellos extraterrestres, aunque ellos se denominaban a sí mismos Kig-Yar. No eran más que una de las razas extraterrestres del denominado Covenant. Los que habían descubierto humanos ocultándose cerca de Hesiod en el Rubble tras la destrucción de Madrigal y, por algún motivo, escogieron no exterminarlos.

Eran criaturas tan ávidas de botín como sugería el apodo que les habían dado los humanos. En el Rubble no eran infrecuentes las incursiones de despiadada piratería por parte de bandidos Kig-Yar.

Melko Hollister se recostó en el viejo contenedor; su uniforme gris de reservista estaba salpicado de sangre.

—¿Cuántos?

—Tres.

Delgado miró a su viejo amigo con preocupación. Habían volado juntos abriéndose paso por los recovecos del Rubble y ayudado el uno al otro a regresar tambaleantes

de juergas celebradas hasta altas horas de la noche durante años. Estaban tan unidos que la gente a menudo los tomaba por hermanos.

—¿Qué te ha pasado? Parece como si te hubieran atropellado.

—¿Crees que yo estoy mal? —Melko tosió—. Deberías ver al otro tipo.

Delgado mantuvo la espalda pegada al contenedor y la pistola apuntando al borde.

—¿Mataste a uno de ellos?

—Doblamos la esquina al mismo tiempo.

Melko retrocedió, arriesgándose a echar un vistazo por la esquina del otro lado del contenedor. Sostenía el revólver en la mano derecha mientras se sujetaba el estómago con la izquierda.

—Disparé la primera vez. Disparé la segunda. Y también la tercera.

—¿Y esa sangre?

—Uno de los otros Jackals hizo el cuarto disparo.

Delgado negó con la cabeza. Aquello estaba descontrolado. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó el causante de todos los problemas que tenían: un chip diminuto, descansando en el centro de un estuche reforzado más pequeño que su pulgar.

La información que contenía jamás había sido tan especial, en la época en que el planeta Madrigal era una floreciente colonia exterior. Antes de que el Covenant lo destruyera y los supervivientes huyeran a las rocas a la deriva del Rubble. Antes de que el Mando Espacial de la Unión de Naciones los abandonara a todos. Y antes de que Delgado acabara aquí arriba.

La ubicación de la Tierra era algo conocido, enterrada en el corazón de toda nave que efectuaba los largos saltos de vuelta a las Colonias Interiores y de allí al mundo de origen.

—Toma. —Delgado entregó el chip a Melko.

En la actualidad, hasta donde todos sabían, aquel chip contenía los únicos mapas de navegación conocidos que podían llevar a alguien de vuelta. Todos los demás habían sido destruidos, erradicados mediante virus informáticos; o las naves en las que se encontraban misteriosamente inutilizadas y toda la información borrada por completo. Todo ello había sucedido aproximadamente durante la última semana.

Había cambiado las cosas de un modo radical en el Rubble.

Melko introdujo el óvalo negro en un bolsillo del pantalón.

—Los Jackals se están poniendo gallitos, tratando de entrar furtivamente aquí para conseguirlo.

Así era. Y a Delgado no le gustaba. Si bien los Kig-Yars que había en el Rubble habían sido relativamente pacíficos, e incluso habían trabajado para ayudar a construir los hábitats en los asteroides, muy en su interior, Delgado era incapaz de confiar en nada que perteneciera al Covenant. No tras ver los restos incandescentes de Madrigal desde la órbita del planeta cuando era un niño.

Lo de ahora no hacía más que confirmar una sospecha más profunda. El Covenant no tramaba nunca nada bueno, y la gente de Delgado probablemente estaba en peligro.

Así pues, para Delgado era importante impedirles el acceso a los datos de navegación a cualquier coste.

Evaluó la distancia hasta la cámara estanca desde su grupo de contenedores.

—Echa a correr, Melko, yo los contendré. Cuando estés a bordo del *Distancia*, vuela las esclusas y sal a toda velocidad, por si acaso hay una nave Jackal aguardando. Empieza a pedir ayuda en el momento en que salgas. —Sostuvo en alto la pistola tallada—. Yo y la Señora Síes los contendremos.

—No puedes... —empezó a decir Melko.

—Si intento correr a la nave detrás de ti, haré que todo sea más lento; les permitirá echar a correr, también. Como mínimo, esto los confundirá. Esperarán que los dos intentemos huir hasta la nave.

Esperó.

Melko agarró el brazo de Delgado.

—De acuerdo. Pero en cuanto oigas que me suelto y que los sistemas de emergencia de anulación de automatismo cierran las puertas, esfúmate de aquí y mantente alejado de los Jackals.

Los asteroides del Rubble estaban todos conectados entre sí por tubos flexibles de acoplamiento. Cuando el *Distancia* se hubiera marchado, Delgado planeaba utilizarlos para abandonar aquella zona de almacenamiento y penetrar en el enorme complejo de asteroides.

Había manchas de sangre en el antebrazo de Delgado.

—Eso no es problema.

El sonido de algo que gateaba en lo alto de uno de los contenedores hizo que Delgado alzara la vista.

—Creo que es la hora —dijo Melko, y le entregó su sencillo revólver—. Necesitarás potencia de fuego extra.

—Gracias. Eh... —repuso Delgado—, nos vemos en el otro lado. En tres... —y extendió tres dedos.

Tres... dos...

Al llegar al uno, Melko salió disparado al frente y se abrió paso entre el laberinto de contenedores que había entre él y la cámara estanca. Delgado lo siguió a toda prisa.

El Jackal situado en lo alto del contenedor se lanzó hacia ellos, concentrado en Melko. Miró abajo, descubrió a Delgado apuntándole, y alzó su arma curva para disparar.

Demasiado tarde. Delgado presionó el gatillo tres veces y el enorme extraterrestre con aspecto de pájaro chirrió al ser alcanzado por los disparos. Sangre de color morado formó una tenue nube en el aire, y al mismo tiempo que la criatura caía de bruces, un escudo oval de energía se en-

cendió con un parpadeo en un brazalete sujeto a su muñeca derecha.

Delgado había conseguido recorrer un pasillo hasta un hueco entre los contenedores.

Los otros dos Jackals doblarían la esquina en cualquier momento. Dejó caer al suelo el cargador vacío de su pistola con una sola mano mientras mantenía la de Melko apuntando al frente. Extrajo torpemente otro cargador del bolsillo con los dedos que todavía sujetaban a *Señora Síes*, desplazando el extremo hasta que encajó, y luego lo introdujo presionando con el pecho.

Mantuvo las dos armas alzadas, apuntando y listas, y cuando los Jackals doblaron la esquina, soltó una fulminante ráfaga de disparos. Los extraterrestres frenaron con un patinazo y volvieron a ocultarse tras el contenedor, pero no antes de devolver el fuego.

Cayeron salpicaduras de metal alrededor de Delgado, abrasándole las costillas.

Pero mientras apretaba una mano sobre piel quemada, oyó el retumbo de una descompresión fulminante procedente del otro lado de los contenedores. El aire susurró, y luego pasó rugiendo por su lado al ser succionado al vacío más allá de la cámara estanca abierta que Melko había usado al largarse.

Los Jackals abandonaron la esquina a toda velocidad, con las patas de triple articulación dando bruscas sacudidas y con los campos ovals de energía llameando mientras se abalanzaban sobre Delgado.

Éste vació los cargadores inútilmente contra sus escudos transparentes de color violeta y se irguió con los dientes bien apretados cuando ellos los bajaron para apuntarle con sus pistolas de energía.

Una borrosa masa gris cayó de un grupo de contenedores amontonados de cuatro en cuatro tras los Jackals. Unas botas enormes golpearon el suelo de roca fundida, dejan-

do grandes marcas en él a la vez que arrojaban al aire pedazos de piedra triturada.

Delgado contempló atónito como la imponente estatua gris con el casco de visor dorado disparaba al torso del Jackal más cercano una descarga de balas, a bocajarro. Luego lanzó violentamente arriba la culata del arma y la hundió en la larga mandíbula de dientes irregulares del otro Jackal cuando éste giraba para enfrentarse a la repentina amenaza.

La criatura voló hacia atrás, mientras la sangre de color morado salía disparada en un largo arco por encima de ella.

El cuerpo flácido del extraterrestre aterrizó a los pies de Delgado con un crujido, luego resbaló por delante de él y fue a estrellarse contra el contenedor que tenía detrás al mismo tiempo que una lluvia de sangre del Jackal regaba el suelo.

Un largo rastro de pegajosa humedad morada retrocedía hasta el alto soldado acorazado, de pie donde había estado la criatura. El blindaje de la armadura, desportillado, arañado y desgastado por el uso, se estremeció cuando se quitó el casco.

Era una mujer.

Ésta se pasó una mano cubierta por un guantelete por los tirantes cabellos recogidos hacia atrás mientras inspeccionaba su obra.

—Ahora que te he hecho un favor —dijo en una voz con un marcado acento eslavo—, supongo que me lo devolverás y me dirás adonde se dirige tu amigo en esa diminuta nave vuestra.

Delgado notó que algo pegajoso y húmedo se extendía por su costado, y lo palpó. Los dedos estaban rojos de su propia sangre. Negó con la cabeza y dio un traspié, luego se desplomó. Señora Síes y el arma de Melko resbalaron por el suelo lejos de él cuando las soltó.

—Maldita sea.

La mujer avanzó pesadamente hasta él y se agachó a su lado. Desplegó un pequeño botiquín y sacó un bote de bioespuma y unos cuantos vendajes de campaña. Tenía unos ojos muy azules para ser una asesina tan eficiente, pensó Delgado.

—¿Qué diablos eres tú? —preguntó, mientras ella le desgarraba la camisa para rociar la espuma, que le escoció al mismo tiempo que sellaba la herida.

—Una Spartan.

Le rodeó el torso con esparadrapo para sujetar el vendaje.

—He oído rumores sobre Spartans. Pero imaginaba que si realmente existíais, ya os habríais ido todos a las Colonias Interiores, combatiendo al Covenant para el UNSC. ¿Qué haces aquí, tras las líneas enemigas?

Satisfecha con el trabajo médico de emergencia llevado a cabo, la Spartan se recostó hacia atrás.

—Algunos de nosotros tenemos misiones más estrambóticas.

Siempre corrían rumores sobre la presencia de soldados Spartans por allí, moviéndose a hurtadillas y causando problemas. Pero la gente también decía que eran los gremlins que estaban dentro de los equipos los culpables de causar problemas aleatorios e inesperados. Era difícil de creer. Los Spartans eran como los hombres del saco para los Insurrectos.

—Vais tras los datos de navegación, ¿eh? —intuyó Delgado, preguntándose si ésa era la razón de que estuvieran allí o si de algún modo los habían abandonado en el Rubble.

La imponente Spartan sonrió.

—Si los Jackals ponen las zarpas sobre ese chip, todo el mundo sufrirá.

Se inclinó al frente y colocó una pequeña insignia en la mano abierta de Delgado. El guantelete fue sorprendente-

mente cuidadoso y preciso mientras ella le cerraba los dedos con el dispositivo dentro.

—Si alguna vez queréis entregarlo, dispara esta baliza de señales, responderemos a la llamada. Desde luego lo protegeremos mejor de lo que lo estáis haciendo ahora.

Delgado negó con la cabeza. No confiaba en los Kig-Yars. Pero al UNSC tampoco se lo quería mucho por allí.

Ella suspiró.

—Una lástima.

Retrocedió rápidamente y recogió a *Señora Síes*. Le dio un par de vueltas para examinarla.

Delgado alzó la mano, y ella se lo devolvió.

—Bonita pieza.

—Mi tío le dedicó tres semanas de trabajo —respondió Delgado con un jadeo, pues el costado todavía le dolía.

—Tiene talento.

—Lo tenía.

La Spartan ladeó la cabeza, escuchando por su auricular.

—Tu equipo de apoyo ha llegado.

—Espera. —Delgado intentó ponerse en pie, pero renunció en cuanto se movió y sintió el dolor ascendiendo como una exhalación a través de él—. ¿Quién eres?

La Spartan se levantó, alzándose imponente por encima de él.

—Me llamo Adriana. Spartan Uno-Uno-Uno.

—Ignacio Delgado. —Volvió a alzar la mano—. Gracias.

Adriana estrechó con cuidado la mano que le ofrecía.

—No hay de qué, señor Delgado. Sólo recuerda esto. Yo no he estado aquí, y por supuesto no te he ayudado. No hay Spartans acechando en la oscuridad. ¿Entendido?

Ignacio no lo comprendía, en realidad. Se sentía bastante mareado. Pero asintió de todos modos. Parecía lo prudente, sentado en el suelo frente a aquel titán con su armadura.

Muy prudente.

—Bien pues, señor Delgado.

Adriana le soltó la mano y volvió a colocarse el casco. La voz que surgió de él sonó potente y ampliada.

—Adiós.

Saltó a lo alto del contenedor más cercano y luego se alejó pesadamente, dejando a Delgado aguardando a sus rescatadores.

PRIMERA PARTE

1

DESTRUCTOR «ARMAGEDDON'S EDGE» DEL UNSC, BORDES EXTERIORES, SISTEMA ECTANUS 45

De la oscuridad criogénica surgió una voz profunda, tajante, pero levemente divertida.

—¡Vamos, despierte, profesor!

Jacob Keyes se incorporó y dio su primera inhalación profunda. La estera de gel que tenía debajo se flexionó mientras él expectoraba un fluido con sabor a medicina dando boqueadas para conseguir una segunda inhalación de aire entre arcadas.

—Teniente —tosió Keyes, mientras los pulmones protestaban ante su insistencia por hablar antes de que ellos hubiesen tenido una oportunidad de vaciarse del todo—. Teniente Jacob Keyes.

En el aula era el instructor Keyes, pero ahora que volvía a estar embarcado quería que se le confiriera el rango correcto. Había trabajado duro para llegar hasta allí en los años anteriores a su asignación a la enseñanza debido a las heridas sufridas.

Estaba sentado en el interior de una cápsula alargada, una de muchas dispuestas en hilera. El resto de tripulantes del *Armageddon's Edge* empezaba justo en aquellos momentos a arrastrarse fuera de sus propias cápsulas.

Los miembros de la tripulación se ayudaban unos a otros, bromeando mientras algunos expectoraban con violencia el fluido que habían respirado para proteger sus cuerpos del frío del sueño congelado. El oficial de guardia